

Prólogo

Poéticas de la persona.

Estudios en homenaje a Juan José García-Noblejas

Ruth Gutiérrez Delgado

Este libro nace como una muestra de agradecimiento al profesor Juan José García-Noblejas Liniers por su labor académica en la Universidad. En concreto, busca ser un gesto afortunado que recoja también simbólicamente el agradecimiento general de generaciones de alumnos, colegas universitarios y profesionales de los medios de comunicación que han tenido la suerte de beneficiarse directa o indirectamente de las enseñanzas de un maestro cuya labor universitaria ha sido y es muy intensa. Entre el legado que nos deja, más intangible, pero tan necesario como el conocimiento, se encuentra una fórmula personal de mirar al mundo que consiste en una mezcla de optimismo realista, de inquietud crítica y de una confianza profunda en los comunicadores y en las numerosas manifestaciones que tiene la Comunicación Pública. Esas consignas específicas que constituyen «la actitud noblejana» han apoyado de manera natural sus inquietudes intelectuales acerca de la persona y sus relaciones comunicativas; la integración de la persona en la sociedad y la gran actividad de la comunicación pública como creadora de cultura en la vanguardia de los tiempos. El libro es además por ello una oportunidad y una ocasión —como todo tributo auténtico lo es— de reencuentro de «amigos», dando así por cierta una de las ideas noblejianas recurrentes, uno de sus «pallinos» más estimulantes, acerca de cuál pudiera ser la mejor convivencia social y cómo contribuye la comunicación a esa convivencia «entre amigos».

En ese sentido, García-Noblejas es un filósofo práctico. Sus ocupaciones teóricas se han orientado al estudio de la Comunicación Pública entendida como saber práctico, esto es, como un conjunto de conocimientos que nacen de una actividad que se aprende en la toma de decisiones y que influye en ellas; que no se deduce de una teoría ni se aplica como la técnica aunque no prescindiera de la colaboración de teoría y técnica a la par; que, en definitiva, genera cultura por nacer y desarrollarse en el seno de la sociedad, la cual se decide cada instante mirándose en los fenómenos representados para bien o para mal, como si de un espejo se tratara. Más allá de la comprensión de la comunicación como mero vehículo de transmisión de ideas, García-Noblejas entiende que esa trascendencia creativa de los fenómenos comunicativos en el plano cultural reside sobre todo en que transmiten un conocimiento práctico acerca de cómo decidirnos. Por ello,

ha trabajado conjuntamente la raíz epistemológica de la Comunicación tanto en el periodismo, la ficción, la comunicación institucional como en la propaganda. En este punto su reflexión ha tenido el acierto (a veces, incomprendido) de contribuir a la convicción de que las acciones de comunicación, por ser fruto de las decisiones libres de las personas, sin determinación científica por tanto, son realmente complejas. El acierto ha sido pues mantener abierto el mismísimo carácter práctico de la comunicación en el campo de la investigación. De ahí que la consideración de la comunicación como saber práctico manifieste reticencias naturales, según esta definición, a cincelar en piedra «una teoría» de la Epistemología de la comunicación o a fundar una Teoría general de la comunicación. Abierta queda, abierta como su saber y objeto de estudio.

Quizá, y en segundo lugar, sea ésta una de las razones por las que resulta también interesante y sugerente la incidencia de García-Noblejas en el estudio de las cinco dimensiones prácticas de las acciones humanas libres, entre ellas, la acción de comunicar. Esas «cinco» dimensiones son la política, la ética, la estética, la retórica y la poética, y constituyen —cuando no son el suelo donde edificar el discurso— las directrices de sus publicaciones principales. Desde *Poética del texto audiovisual, introducción al discurso narrativo de la imagen* (1982), su obra doctoral, pasando por *Comunicación y mundos posibles* (1996), *Medios de Conspiración social* (1997), *Comunicación borrosa. Sentido práctico del periodismo y de la ficción cinematográfica* (2000), sus artículos, comunicaciones a congresos, conferencias y, a partir del 2003, los «posts» en su blog *Scriptor*, García-Noblejas ha abordado el modo en el que cada una de esas dimensiones de la acción comunicativa afecta al ejercicio de la comunicación en el entorno social y a la configuración misma de la cultura. En el otro lado de esa consideración práctica nace la pregunta por la incertidumbre a la que García-Noblejas deja expuesto a un saber «sin garantías científicas».

En conexión con esto último cabe entender el papel que ocupa la racionalidad en el pensamiento noblejiano. La apuesta por recuperar la *clave de la racionalidad* en los estudios de Humanidades busca una solución a ese riesgo de incertidumbre que, como se ha comprobado, no ha podido resolverse desde el uso positivista de cuantificaciones en las Ciencias Sociales con sus aplicaciones directas de los sistemas científicos al campo de lo humano. Tampoco se ha resuelto a través de la tutela de otras disciplinas sobre la Comunicación. El sentido de esa recuperación de la racionalidad se enmarca en una tradición fértil de corte filosófico muy amplio, aunque todavía región insuficientemente inexplorada en el campo de los estudios de comunicación, de la que son herederos, entre otros ilustres pensadores cristianos, el beato John Henry Newman y el Papa emérito Benedicto XVI. En definitiva, se trata de una aproximación epistemológica que entiende que el mundo es comprensible, razonable; que las acciones del hombre son también comprensibles, razonables, en la necesidad que tiene la persona de dotarse de sentido; que el hombre está equipado de herramientas para comprender el mundo y sus relaciones personales con él; y que todo progreso sapiencial (y científico, si es el caso) en esa línea, y ajustado a su naturaleza personal, es digno y valioso como contribución al conocimiento de lo humano. Es un logro con el que alegrarse.

Así se sitúa una nueva vía en la que se inserta el pensamiento de García-Noblejas y discípulos, más concentrados quizá, pero no sólo, en el análisis de la racionalidad poética, una racionalidad específica, como la articulación de razones a través de la ficción. Este breve recorrido por las líneas fundamentales de la aportación noblejiana explica a su vez el título y la estructura de este libro. Como cabía esperar *Poéticas de la persona* ha reunido, por un lado, el interés y la aportación noblejianas sobre la revisión de la *Poética* aristotélica, como el gran texto sobre el arte de los artificios (la ficción y la dicción) que representan el elemento prodigioso de nuestra condición humana, con aprovechamiento intelectual, proyección práctica y deleite inigualable. Y por otro, el abismo de conocimiento que presenta la noción de «persona». Ambos temas, Poética y persona, conforman el eje esencial de la comunicación, también y, de forma muy marcada, el de la Comunicación Pública.

La estructura del libro ha intentado respetar ese eje también en la disposición de los bloques temáticos y de los artículos. Como nota particular, el libro se abre con una entrevista en profundidad al homenajeado, realizada por un colega y amigo suyo, el profesor Diego Contreras. Esta entrevista presenta y ubica a la persona (y personaje) ante aquellos que no le han conocido y su lectura resulta también de interés porque pone en el tapete el parecer más actual de García—Noblejas. La primera parte temática es una miscelánea bajo el título genérico de «Comunicación Pública y cultura». En ella se presentan siete artículos en los que se habla acerca de aspectos generales y fundamentales sobre la Comunicación Pública, tanto desde el punto de vista de la filosofía como desde el concepto de responsabilidad empresarial tan urgente, la dimensión del entretenimiento, el lenguaje de la ficción o las nuevas tecnologías, como una previsión de futuro y una apuesta de estudio esenciales. La segunda parte, más homogénea, se compone de cuatro artículos que se concentran en aspectos derivados de la «Poética», tales como la representación, el relato, el mito, el heroísmo y el acto creador.

En tercer lugar se abre el apartado más extenso en número de trabajos, siempre en torno a un punto común: el de las «Narrativas fílmicas». En esta parte, tiene especial relieve el análisis sobre el papel de los creadores, directores, guionistas y también productores en la configuración poética de las historias. En ellas se puede rastrear la forma que tiene cada creador de entender el hecho cinematográfico, la importancia decisiva de un buen guión como razón del éxito (también el económico) o la relación del cineasta con el mundo; los límites éticos de la representación suscitan un debate aún sin cerrar y aún más el cómo interpretar las historias. También se estudia el valor de la emoción en la acción fílmica, la ficción como huella de la Historia o los esquemas básicos de relaciones entre personajes de cara a la enseñanza de la escritura del guión. El cuarto bloque temático se detiene en cambio en las «Narrativas televisivas», explicando el papel de la ficción en la cultura contemporánea y en la industria televisiva. Se trata de mostrar, por una parte, el cariz de los perfiles y profesiones sociales, y anticiparse en cierto modo a lo que ha de venir, y por otra parte, de poner sus reglas retóricas y herramientas poéticas al servicio de géneros antes privados al territorio del mito. Por esa razón, se da cuenta de la mitificación de la Historia así como de las llamadas hibridacio-

nes de contenidos y géneros, sus causas y sus efectos en el mundo de la televisión. En quinto lugar, se deja espacio para el más breve de los temas tratados en este libro: el de las «Narrativas periodísticas». Las tres aportaciones que lo componen, en cambio, resultan muy complementarias de lo dicho a lo largo de todo el texto y también de lo que exponen entre sí. Pues se ofrece un análisis epistemológico de la imagen fotográfica; el carácter dinámico del discurso radiofónico y un estudio pormenorizado de la incidencia de la política en la gestión de la radio. Por último, y antes del epílogo con el que se culmina este homenaje académico a García-Noblejas, también como síntesis de su trabajo, encontramos un cuento, del que sólo cabe decir, para no desvelar su argumento y sus propósitos, que moverá de seguro a la reflexión personal.

Antes de concluir este prólogo sólo queda agradecer a los coautores su entusiasta participación. Y por supuesto, a los que me han confiado la coordinación de este libro, y a los que de un modo u otro han contribuido a que exista, como la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra y la editorial Comunicación Social Ediciones y Publicaciones. A todos vaya un agradecimiento muy sincero.

La confianza en el arte Poética. Podría ser el punto y final de una carrera, de un libro, un resumen enigmático con el que concluir, el punto de inicio de una revisitación profunda de las dinámicas de la creación artística que requiere todo hecho comunicativo. O más bien y sencillamente nos quede pensar en el consuelo humano que se recibe cada vez que las personas iniciamos un diálogo comunicativo en el vertiginoso mundo de la Comunicación: ésta vendría a ser como la encrucijada entre la honestidad personal, la vivencia y la genial concurrencia de la verdad universal, cuando le dejamos que concurra. En el instante de la creación, en el instante de la donación: ahí, en definitiva, está el instante de la comunicación.

Jerez de la Frontera
14 de agosto de 2013

En diálogo con el Prof. Juan José García-Noblejas

Entrevista realizada por Diego Contreras
Pontificia Università della Santa Croce

Los estudiantes de periodismo de mi promoción no cursamos la materia del profesor Juan José García-Noblejas. Nos dijeron que estaba «viajando por el mundo». Así que la dirección de estudios de la entonces Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra suplió ese déficit añadiendo otra materia en su lugar (con la característica, si no recuerdo mal, de que título y contenido no coincidían). Para nosotros, por tanto, García-Noblejas fue un profesor al que nunca llegamos a tratar de cerca.

Por otros colegas que se quedaron en la Facultad para seguir un recorrido profesional académico, y por las noticias que siempre llegan del *alma mater*, sabemos que Juan José, con el apoyo del entonces decano Manuel Casado, imprimió un cambio hacia las humanidades a la orientación predominantemente «juridicista» que prevalecía en la Facultad por razones «biográficas» del cuadro docente. Juan José era uno de los primeros profesores de la Facultad que se había formado en ella y que comenzaba a crear un escuela nueva, primero en conversaciones con colegas y ayudantes y luego, de modo más formal, cuando se consolidó el Departamento de Cultura y Comunicación Audiovisual.

Muchos años después, tuve la fortuna de que Juan José comenzara a colaborar con la incipiente Facultad de Comunicación de la Universidad de la Santa Cruz, en Roma, donde yo me encontraba. En los años que siguieron, pude compartir con él muchas horas de conversación, con frecuencia delante de un *capuccino* o de una *pizza*, según las horas. Es bien sabido que el profesor Juan José García-Noblejas es un gran conversador. Sabe ofrecer generosamente ideas y orientaciones de modo informal. A veces se trata de nuevas perspectivas que ayudan a orientar un trabajo en sus comienzos o a salir de atolladeros duraderos.

La conversación que sigue pretende acercar un poco su figura a cuantos, como nos ocurrió a nosotros, no han tenido la oportunidad de conocerle. Una de las ventajas de la entrevista, como género periodístico, es que permite presentar las cosas de modo ameno, informal y sin pretensión de exhaustividad. He dejado voluntariamente algunas cuestiones más directamente académicas al margen del diálogo: aparte de sus publicaciones, es fácil seguir sus intervenciones en la red, donde tiene una presencia activa desde 2003 (www.scriptor.org).

Imagino que quien conozca al profesor García-Noblejas notará muchas lagunas y no dejará de reprocharme las preguntas que no hice. Asumo mi culpa y pido perdón de antemano.

D.C. *Tal vez pocos saben que dejaste la Física Teórica para dedicarte a la Comunicación. ¿Cómo se produjo ese cambio tan drástico?*

J.J.G.N. Yo llevaba en Francia casi tres años estudiando Física Matemática en Grenoble. Estamos en el año 1964. Un día vino el director del Centre National de la Recherche Scientifique, el equivalente francés al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Nos dio una conferencia y luego preguntó si alguien quería seguir charlando en la cafetería. Nos quedamos una docena. En un momento de la conversación usó una metáfora: el mundo científico de nuestros días, y también del futuro, es lo más parecido que existe a una gran mina donde hay muchas galerías. La gente investiga en su especialidad y encuentra cosas que le parecen maravillosas. Toman esas cosas y las llevan a la sala común, un amplio espacio donde coinciden todas las galerías. Allí enseñan su descubrimiento a los demás, pero entonces se produce la decepción: aquella gente no lo entiende, no ve dónde está la importancia. Y lo mismo les pasa a los demás. Y añadió: el grave problema que tiene el saber científico es la comunicación, porque hay grandes expertos en grandes cuestiones que no son capaces de comunicar el sentido, los horizontes que abre lo que han descubierto. No se trata de divulgar sino de explicar el sentido de su saber. Por lo tanto, decía, el gran horizonte es el horizonte de la comunicación, y esto se puede ampliar al ámbito de las humanidades, que acabarán copiando los sistemas que tenemos los científicos —cuantificaciones, etc.—, porque son más fáciles de manejar.

D.C. *Aquella metáfora, evidentemente, te convenció.*

J.J.G.N. Sí, pero hay que precisar que estaba bien dispuesto. Por ejemplo, yo era miembro del cineclub de la Universidad. Grenoble es la primera universidad europea que ha tenido una cátedra de cine, concretamente de Historia del Cine. Como nuestro club de cine dependía de esa cátedra, se invitaba a gente como Jean-Luc Godard y otros. Así conocí a los de la *Nouvelle Vague*. Me gustaban el cine, la literatura, los periódicos... de modo que me planteé dejar los saberes científicos y volverme a los saberes humanísticos. El grave problema es que no había paso real entre las ciencias y las letras en Francia. Había una posibilidad, que era estudiar Psicología, porque tenía cosas científicas y humanísticas. Empecé a estudiar Psicología, pero no me gustaba especialmente. Además, en aquella época y en aquella escuela, si no eras freudiano (o te hacías pasar por tal, cosa a la que tampoco estaba dispuesto) no tenías salida. Así que decidí irme a Pamplona para estudiar lo que me gustaba, con la idea de volver a Francia, cosa que después nunca hice.

D.C. *En Pamplona, añado yo, fuiste el número uno de la promoción y sacaste premio extraordinario.*

J.J.G.N. Se ve que había tenido un buen entrenamiento con la Física Matemática y con la vida en Francia. Estudié en una promoción muy numerosa, estábamos ciento diez o ciento veinte. Recuerdo que el tribunal que venía de Madrid, del Ministerio de Información, para examinarnos, suspendió a muchos, hasta el punto de que Luis Foix, que era el delegado, y yo, que era el subdelegado, nos negamos a hacer un discurso de fin de carrera ante los que vinieron a examinarnos. Fue un acto de protesta y solidaridad. Lo curioso es que uno de los miembros del tribunal, Victoriano Fernández Asís, me invitó a empezar una escuela de cine en Madrid, distinta de la Escuela Oficial de Cine que ya existía. Yo le dije que sí, incluso le redacté un plan de estudios.

D.C. *Estamos en 1967. Te trasladaste, por tanto, a Madrid.*

J.J.G.N. Sí, pero cuando llegué, Fernández Asís me dijo que había hablado con el ministro y que, cuando le mencionó mi nombre y que venía de Pamplona, le prohibió que yo participara en el proyecto. Así que debo esto a Manuel Fraga Iribarne.

Entonces me puse a trabajar con Javier Ayesta en la Oficina de Información del Opus Dei en Madrid. El primer trabajo que hice fue el guión de un documental de 35 mm sobre la Universidad de Navarra y la reunión de la Asamblea de Amigos del año 1967. Hice también de ayudante de dirección de Antxón Mercero, que dirigió el documental.

Recuerdo que, al ver el texto de la homilía que san Josemaría Escrivá de Balaguer iba a pronunciar durante la misa para la Asamblea de Amigos (que se publicaría luego con el título «Amar al mundo apasionadamente»), nos impresionó tanto que propusimos filmarla completa. El problema fue que san Josemaría se opuso, argumentando que no quería protagonismos. De hecho, filmamos sólo una frase, pero al menos grabamos todo el sonido.

A raíz de esa experiencia surgió la idea de ver el modo de filmar algunos encuentros de san Josemaría con la gente. Con el precedente negativo de la homilía, Javier Ayesta y Rafael Caamaño lo hablaron con Álvaro del Portillo. Y fue el propio Del Portillo quien se lo planteó a san Josemaría. Usó dos argumentos que venían a decir más o menos lo siguiente: si no se filman imágenes del fundador del Opus Dei, los que vengan detrás y no le hayan conocido pensarán que o bien no valorábamos lo que nos decía o bien éramos tontos, pues los medios para filmar estaban al alcance de la mano... La intervención fue eficaz y san Josemaría dejó hacer. La idea de que yo me podía encargar de esas filmaciones fue calando y esto fue lo que me hizo volver a Pamplona para estudiar y enseñar ese tipo de cosas. Así que, durante unos años, me pasaba media semana en Madrid y media en Pamplona.

D.C. *La ocasión de filmar se presentó en 1972, cuando san Josemaría viajó a varias ciudades de la Península Ibérica.*

San Josemaría pasó concretamente dos meses en España y Portugal, manteniendo muchos encuentros de catequesis con todo tipo de personas. Al princi-

pio, nuestra idea era hacer un documental global, de una hora u hora y media de duración, tomando fragmentos de aquí y de allá. Pero justo en las primeras grabaciones, por indicación de don Álvaro, que volvió a acertar, cambiamos de estrategia: decidimos grabarlo todo. Ahora parece normal, pero entonces eso suponía un esfuerzo suplementario desde muchos puntos de vista: por ejemplo, las cámaras que usábamos, Arriflex BL de 16 mm, se recargaban con chasis de película de sólo diez minutos de duración cada uno. Era una película reversible de alta sensibilidad que Kodak había inventado para los reporteros de la Guerra de Vietnam. Agotamos las existencias de España y tuvimos que acudir a otros países. Para el revelado íbamos a Londres, donde un laboratorio tenía mucha experiencia con ese tipo de películas. Además, hubo que idear un sistema de sincronización de varias cámaras con un mismo sonido. Si no recuerdo mal, el resultado editado de las filmaciones fueron unas ciento veinte horas de documentos audiovisuales. Es un material que ahora se está digitalizando.

D.C. *Después de esa experiencia, te incorporas plenamente a la Facultad.*

J.J.G.N. De algún modo ya lo estaba, con algunas ausencias para filmar y editar esos encuentros del Gran Canciller de la Universidad con gentes de todo tipo. Pero hubo un episodio que marcaría definitivamente lo que sería el resto de mi vida. En una ocasión, durante uno de los encuentros personales e informales, casi cotidianos, que mantuve con él en aquellos meses de 1972, san Josemaría me dijo, así como de pasada y en sustancia: «Oye, ¿por qué no te dedicas a investigar sobre temas de comunicación?». Hoy pienso que, en muy buena parte, mi dedicación al mundo académico de la comunicación tiene que ver con lo hablado en aquella conversación. Entonces no existía todavía en España la posibilidad de hacer tesis doctorales en Comunicación. Pero el asunto es que me puse a estudiar muy en serio los tres tomos de la retórica de Lausberg. Pensé que, en todo caso, aunque era algo esforzado y no figuraba en los planes de estudio de entonces, sería bueno conocerla bien.

Cuando, algún tiempo después, me planteé hacer la tesis, el que dirigía tesis doctorales en la Facultad de Navarra era Alfonso Nieto. En realidad, estábamos tan sólo tres o cuatro doctorandos: Ángel Faus, que fue el primero que leyó, Paco Iglesias y alguno más. Alfonso Nieto y José María Desantes nos cuidaban mucho. Pero, como se ve, estaban en el ámbito jurídico y de la empresa, que no necesariamente cubría de modo adecuado todos los horizontes de las cuestiones, y desde luego quedaba lejos de las cuestiones de retórica clásica y contemporánea que bien conocía, y del auge entre colegas europeos de los estudios de semiótica. Un día, Luka Brajnovic trajo a la Facultad a Gianfranco Bettetini y me lo presentó en el Faustino, que era el sitio adecuado para hablar de cosas académicas entre amigos. Yo sabía que Gianfranco se dedicaba a hacer cine experimental en la RAI y a estudiarlo desde el punto de vista de la semiótica: había leído algo de él, aunque no había entendido muy bien sus autores de referencia. Quedamos de acuerdo en que me asesoraría en mi investigación. Aunque el director de la tesis tenía que ser —desde el punto de vista legal— Alfonso Nieto, de hecho lo fue Gianfranco.

Nos veíamos en Pamplona, Milán —donde él era catedrático— o en París, donde siempre buscábamos un congreso como excusa para despachar asuntos.

De la mano de la retórica y de la mano de uno de los semióticos franceses, Roland Barthes, que no es un ejemplo para todo, pero en algunas cosas es interesante, descubrí la revista *Communication*, editada por Éditions du Seuil, que a su vez editaba desde hacía poco una revista llamada *Poétique*. Esa revista trataba de narrativa y de drama; en sus artículos —firmados por Todorov, Greimas, Kristeva y algunos más— se citaban con frecuencia a autores griegos... Me interesó muchísimo. Me puse a estudiar la *Poética* de Aristóteles.

D.C. *Un libro que te acompañaría desde entonces...*

J.J.G.N. Y que me ayudó a saltar la barrera del estructuralismo, una empresa que también Gianfranco estaba empeñado en realizar, pero desde la misma semiótica. Ahí nuestros caminos se distanciaron un poco en su planteamiento. Es curioso observar cómo cuentan mucho los antecedentes académicos: los suyos eran de Ingeniería, los míos eran de Física Matemática.

La verdad es que me había metido en un dique seco, bloqueado con la lectura de los estructuralistas, que en parte eran nominalistas. Conocí personalmente y llegué a ser amigo de algunos de ellos, como Christian Metz, una buena persona, inteligente y trabajador, pero un poco peculiar. Murió trágicamente. Le escribí varias veces y me respondía con cartas escritas con tinta verde. Lo entendí cuando nos vimos por primera vez: iba vestido con un traje verde y fumaba Gauloises verdes. Un día, cenando en un restaurante chino, le dije que mi retórica de referencia era aristotélica y él me respondió: «Ahí es donde no coincidimos, porque yo soy sofista; ya sé que la sofística no es de recibo, pero es muy eficaz a la hora de conseguir lo que tú quieres». «Yo trabajo sobre el uso de las palabras y los signos para mover a la gente para hacer cosas», me dijo.

Terminé la tesis. En la defensa no estuvo Gianfranco porque entonces no venían a esos actos profesores de otros países. Envió un texto, que leyó Alfonso Nieto durante la defensa y que ahora aparece como prólogo de la tesis publicada (*Poética del texto audiovisual*). Ahí dice, con gran nobleza, que aunque hay cosas en las que le contradigo al no seguir sus tesis semióticas, es probable que yo tuviera razón.

D.C. *¿Por qué decías antes que fue necesario saltarse la barrera del estructuralismo?*

J.J.G.N. Lo que venía a decir en la tesis es que la perspectiva poética del discurso narrativo, sea literario o cinematográfico, es la más adecuada para obtener no sólo el significado sino el sentido, es decir, para ver racionalmente no sólo de qué habla, hacia qué aspecto de la realidad humana apunta, sino qué dice o —mejor— qué saber y actitud vital ofrece ante esa realidad un texto narrativo y dramático.

Eso rompía en cierto modo una barrera: las cuestiones de poder y de ideología, típicas del estructuralismo, aunque tengan gran influencia en la narrativa, no son

decisivas. De lo contrario, tendrían razón un Lenin o un Stalin cuando dicen que el cine, para ellos, es el arte más importante porque permite horadar las mentes de los ciudadanos... Yo intentaba decir que eso se puede hacer, por supuesto, pero no responde a la naturaleza del arte o del texto concreto en cuestión. Y una de las primeras cosas que hay que respetar desde el punto de vista académico es la naturaleza propia del saber que se está manejando. No puedo medir la electricidad con un termómetro de mercurio. Tampoco puedo medir la bondad de una película o de una novela por el cambio ideológico o político de los lectores. Ése no es el cometido de la literatura, que más bien circula por territorios de la belleza, la bondad y el saber (o sus ausencias) acerca de las cosas profundas y menudas de la vida humana. Es algo en apariencia muy sencillo, pero hubo que pegar un salto por encima de un cúmulo de asuntos académicos vigentes que parecían intocables.

D.C. *¿Fue entonces cuando hiciste una «full immersion» en Filosofía?*

J.J.G.N. Fue un trabajo en buena parte solitario. Terminé tomando como referencia tres autores, tres filósofos interesados en cuestiones prácticas, en los que confiaba como amigo y a los que seguía en sus escritos y, cuando era posible, les escuchaba en seminarios y conversaba con ellos. Uno era Leonardo Polo, que estaba en Pamplona; otro, que pronto vino a Pamplona, era Alejandro Llano; y otro, que estaba en Alemania y años más tarde moriría en Pamplona, era Fernando Inciarte. Yo iba a algunas clases de Filosofía, a interesantísimos seminarios de profesores... Y se puede decir que acabé haciendo buena parte de los estudios de la carrera de Filosofía, aunque sin examinarme.

Pero no quiero dar una imagen aburrida de la vida académica, porque no lo es: ya en los primeros años como estudiante hicimos un cineclub con José Ángel Cortés en el que participaban gentes muy diversas, entre otros, por ejemplo, Miguel D'Ors. Las sesiones eran los domingos por la mañana en el cine Rex, de la calle Paulino Caballero, y solían venir muchos profesores de la Universidad. Por entonces yo era secretario de redacción de *Nuestro Tiempo*, que tenía las oficinas en el mismo edificio. Llegamos a un acuerdo con el señor Zozaya, el propietario del cine, para que nos dejara gratis la sala y el estreno de las películas, que eran poco comerciales, más bien de arte y ensayo. Nosotros, a cambio, le hacíamos algo de publicidad. También acudían el proyectista y el acomodador, un tal Eugenio, quien sería después —por muchos años— el querido bedel de la Facultad, en el tercer piso del Edificio Central.

D.C. *¿Todavía encuentras gente que, al hablarles de poética, piensan que te refieres a poesía? ¿Por qué nos interesa la poética a quienes nos dedicamos a la comunicación?*

J.J.G.N. La poética es, en definitiva, el arte de saber contar y saber escuchar o recibir historias, de representar y de ver, mediante personajes y situaciones reales o ficticios, nuestro propio crecer o decrecer como personas. Produce el placer de reconocer, en esas historias, algo que ya conocíamos de modo oscuro, indefinido